

Paul Theroux

El gran bazar  
del ferrocarril

Traducción de Juan Godó



Desde niño, Paul Theroux no es capaz de escuchar el silbido de un tren sin sentir un deseo imperioso de subirse a él. Ahora bien, al contrario que el viajero tradicional, que utiliza este medio de transporte de forma meramente utilitaria para llegar a su destino, lo que a él le interesa son los ferrocarriles mismos.

Tomar todos los trenes que encontrara desde la estación Victoria londinense hasta la estación Central de Tokio: ésa es la propuesta viajera que se hizo, y que dio pie a un apasionante periplo de cuatro meses en los que recorrió, casi siempre en ferrocarril, parte de Europa, Turquía, Irán, Pakistán, la India, Birmania, Tailandia y Camboya, para pasar al Japón y regresar luego a Londres en el tren transiberiano... Una aventura colosal, convertida en una de las obras clave de la literatura de viajes de su siglo.

*A la legión de los perdidos,  
a la cohorte de los condenados,  
a mis hermanos en su pena allende los mares...*

*Y a mis hermanos y hermanas,  
Eugene, Alexander, Ann-Marie,  
Mary, Joseph y Peter,  
con amor.*

Marian acababa de oír el lejano sonido del tren. Miró con ansiedad y enseguida lo vio aproximarse. La negra locomotora estaba cada vez más cerca, avanzando con una fuerza y una velocidad extraordinarias. Una embestida cegadora y el tren lanzó contra el puente una gran descarga de vapor iluminado por el sol. Milvain y su compañero corrieron hacia el otro lado del puente, pero ya el tren había salido y en cuestión de pocos segundos se perdió en una pronunciada curva. Las frondosas ramas que crecían extendiéndose por encima de la vía se agitaron violentamente hacia delante y hacia atrás por efecto del aire perturbado. —Si fuese diez años más joven —dijo Jasper riendo—, diría que ha sido divertido. Eso me inspira. Me hace sentir deseos de volver otra vez a la lucha.

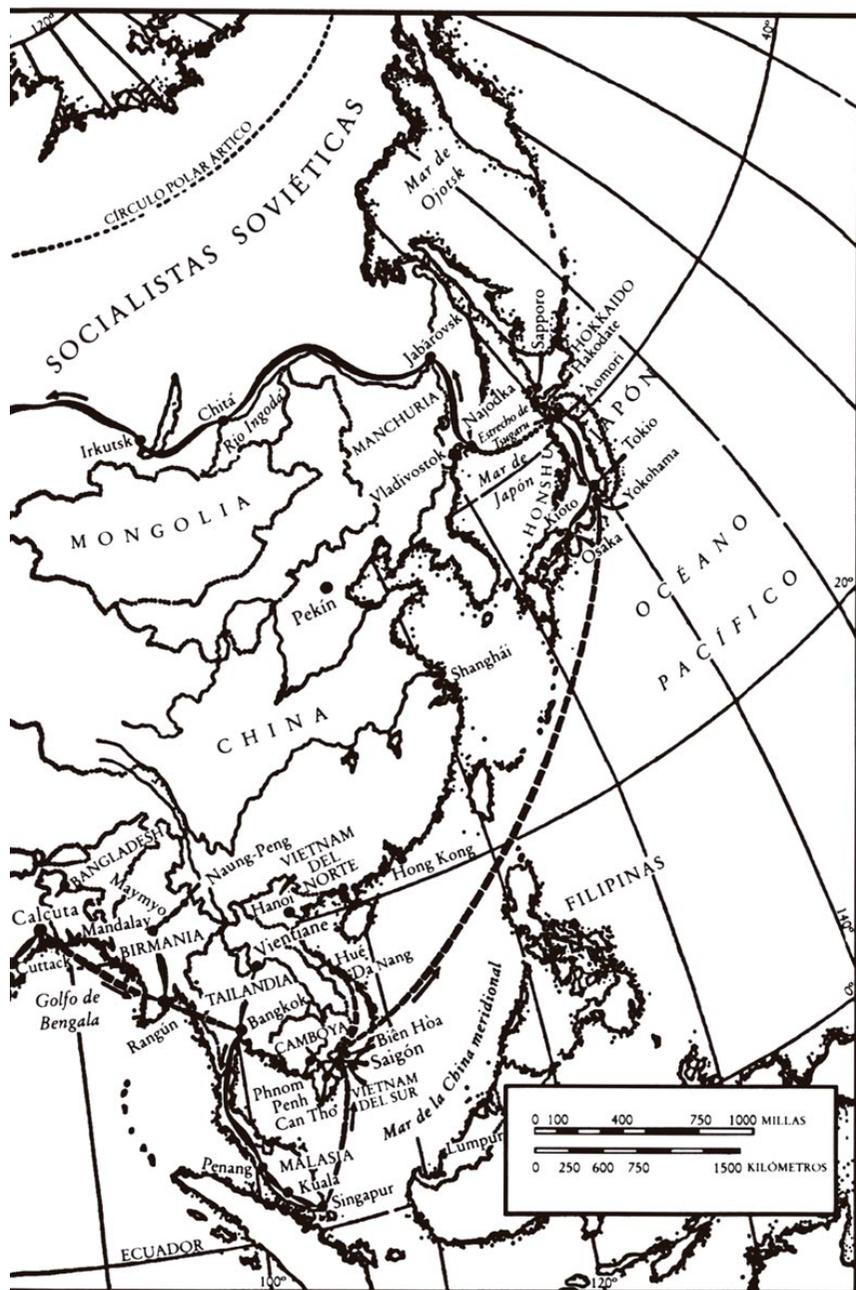
GEORGE GISSING, *La nueva Grub Street*

frsiiiiiiifronnnnnng tren en alguna parte silbando la fuerza que estas locomotoras tienen en ellas como enormes gigantes y el agua rodando por encima y fuera de ellas por todos lados como el fin de los amores vieja dulce canciónnnnnn los pobres hombres que tienen que estar fuera toda la noche lejos de sus esposas y familias en esas herrumbrosas locomotoras.

JAMES JOYCE, *Ulises*

[...] la primera condición del pensamiento  
correcto es la sensación correcta, la prime-  
ra condición para comprender un país ex-  
tranjero es olerlo [...]

T. S. ELIOT, *Rudyard Kipling*



## 1. El tren de las 15.30 de Londres a París

De niño, cuando vivía cerca de la vía férrea de la compañía Boston & Maine, raras veces oí el paso de un tren sin sentir deseos de montar en él. Esos silbidos parecen cantos embrujados: los ferrocarriles son bazares irresistibles, que serpentean perfectamente nivelados por las desigualdades de cualquier paisaje, mejorando tu estado de ánimo con la velocidad y sin volcar nunca tu bebida. El tren es capaz de infundirte tranquilidad en lugares horribles, no tiene nada que ver con los angustiosos sudores de muerte que provocan los aviones, el mareo de los autobuses de trayectos largos o la parálisis que aflige al que va en automóvil. Si un tren es grande y confortable, ni siquiera necesitas un destino; un asiento en un rincón es suficiente y puedes ser uno de esos viajeros que están quietos en movimiento, avanzando sin llegar ni sentir la necesidad de llegar a ninguna parte, como aquel hombre afortunado que vive en los ferrocarriles italianos porque está retirado y tiene un pase. Mejor es viajar en primera clase que llegar, o, como dijo una vez el novelista inglés Michael Frayn, parafraseando a McLuhan, «el viaje es la meta». Pero yo había escogido Asia, y cuando recordaba que se encontraba medio mundo más allá, no podía por menos de sentir alegría.

Luego Asia apareció del otro lado de la ventanilla, y fui transportado a través de ella en esos expresos que van a Oriente, admirando tanto el bazar del interior del tren como aquellos otros ante los que pasábamos silbando. Cualquier cosa es posible en un tren: una deliciosa comida, una visita de unos jugadores de naipes, una intriga amorosa, un

buen sueño por la noche y monólogos de personas extrañas contruidos como novelas cortas rusas. Tenía intención de subir a todos los trenes que encontrase, desde la londinense Victoria Station hasta la Tokio Central; tomar el ramal de Simla, la vía que cruzaba el paso del Jaybar y la que enlaza los ferrocarriles indios con los de Ceilán; el expreso de Mandalay, el *Flecha de Oro* malayo, las líneas locales de Vietnam y los trenes con nombres fascinantes: el *Orient Express*, el *Estrella del Norte* y el transiberiano.

Yo buscaba trenes y encontraba pasajeros.

El primero de ellos fue Duffill. Le recuerdo porque su nombre se convirtió más tarde en un verbo, primero de Molesworth, luego mío. Se encontraba delante de mí, en el andén 7 de Victoria Station: «Salidas para el continente». Era viejo y su ropa le estaba grande, como si en un momento de prisa hubiera echado mano de las primeras prendas que hubiese encontrado o como si acabase de salir del hospital. Avanzaba lentamente y llevaba unos paquetes deformados, envueltos en papel marrón. Todos tenían un rótulo con su nombre, R. Duffill, y su dirección, Splendid Palas Hotel, Estambul. Íbamos a viajar juntos. Una viuda caricaturesca con un severo velo habría sido mejor recibida, y si su bolsa estuviese llena de ginebra y dinero heredado, tanto mejor. Pero no había ninguna viuda; había excursionistas, vendedores, chicas francesas con sus desabridos amigos y parejas inglesas de cabellos grises que, cargados de novelas, parecían estar embarcándose en costosos adulterios literarios. Nadie iría más lejos de Liubliana. Duffill iba a Estambul; yo me preguntaba con qué pretexto. Por mi parte, estaba haciendo una escapada más o menos a escondidas; no tenía empleo estable y nadie se fijaría en mí si, después de guardar silencio, me despedía de mi mujer con un beso y tomaba solo el tren de las 15.30.

El tren cruzaba ruidosamente Clapham. Cuando decidí que el viaje era mitad huida y mitad persecución ya habíamos dejado atrás las casitas de ladrillo, los patios de carbón y los estrechos jardines traseros de los suburbios del sur de Londres y estábamos pasando junto a los campos de juego de Dulwich College, donde unos niños hacían ejercicio perezosamente sin haberse desprendido de las corbatas. Me había amoldado al movimiento del tren y había olvidado los titulares sensacionalistas de los periódicos que había estado leyendo por la mañana y que por fortuna no hablaban del «novelista desaparecido». Luego pasamos por delante de una hilera de casas un poco separadas entre sí, entramos en el túnel y, después de viajar un minuto en completa oscuridad, fuimos disparados prodigiosamente hacia un nuevo escenario, unos prados abiertos, unas vacas que pacían y unos granjeros recogiendo el heno con sus blusones azules. Habíamos salido a la superficie en las afueras de Londres, una ciudad gris, húmeda y subterránea. En Sevenoaks pasamos otro túnel, otro atisbo de lo bucólico, campos con caballos piafando, algunas ovejas echadas en la hierba, unos cuervos posados en un secadero de lúpulo y, desde una ventanilla, atisbamos un barrio de casas prefabricadas. Por la otra ventanilla vimos una granja del siglo XVII y más vacas. Esto es Inglaterra: los suburbios se entrelazan con las granjas. En varios pasos a nivel, las carreteras rurales estaban abarrotadas de automóviles. Los pasajeros del tren contemplaban el tráfico con miradas rencorosas y parecían murmurar: «¡Parad, imbéciles!».

El cielo era viejo. Colegiales con sus *blazers* de color azul oscuro, sus bates de críquet y sus carteras escolares, con los calcetines que se les caían, sonreían bobamente en el andén de Tonbridge. Pasamos velozmente junto a ellos arrebatándoles las bobaliconas sonrisas. No nos deteníamos, ni siquiera en las estaciones más importantes. Yo las contemplaba desde el vagón restaurante, mientras tomaba una taza de té, y el señor Duffill, también encorvado sobre

su té, no perdía de vista sus paquetes y removía el contenido de la taza con el depresor de lengua de un médico. Atravesamos los campos de lúpulo que en septiembre daban a Kent un aspecto mediterráneo; pasamos ante un campamento de gitanos, catorce destartadas caravanas, cada una con su propia pila indestructible de basura al lado de la puerta de entrada; pasamos por delante de una granja y, cuarenta pasos más allá, ante el perímetro de una urbanización que tenía gran cantidad de prendas de vestir colgando de una cuerda: bragas, calcetines, calzoncillos y medias que formaban un mensaje elaborado, como banderas de señales puestas en el mísero convoy de aquellas casas.

El hecho de que no parásemos confería a este tren inglés un aire de apresurada determinación. Avanzábamos velozmente hacia la costa, para cruzar el canal de la Mancha. Pero en eso no había auténtico dramatismo. Duffill pidió una segunda taza de té. Dejamos atrás Ashford y cruzamos los pastos ondulados de Romney Marsh, en dirección a Folkestone. Entonces, ya había dejado atrás Inglaterra. Lo mismo habían hecho los otros pasajeros. Volví a mi compartimento para oír a los italianos levantar la voz, sintiéndose quizá envalentonados al pensar que ya nos encontrábamos al borde de Inglaterra. Varios nigerianos, que hasta aquel momento solo habían sido un cuarteto de cabezas que se movían (dos sombreros de fieltro, un turbante y una peluca enorme y enmarañada), comenzaron a hablar en yoruba, y parecían deletrear cada palabra que pronunciaban chasqueando los labios al completar las sílabas. Cada pasajero emigraba hacia su propio lenguaje, dejando a los ingleses murmurando y apartando la vista.

—¡Oh, mira! —dijo una mujer, desplegando un pañuelo sobre su regazo.

—¡Qué bonito! —exclamó el hombre que se hallaba sentado junto a la ventanilla.

—Eso sí son flores frescas —repuso la mujer cubriéndose la nariz con el pañuelo y sonándose un lado y después el otro.

El hombre dijo:

—La Comisión de Sepulcros de Guerra cuida de ellas.

—Hacen un buen trabajo.

Una figura pequeña, que llevaba unos paquetes de papel atados con un cordel, avanzó por el pasillo y al pasar sus codos golpearon la ventanilla del corredor. Era Duffill.

La señora nigeriana se inclinó y leyó el rótulo de la estación: *Fockystoon*. Su mala pronunciación parecía un sarcasmo y ella parecía tan poco impresionada como *lady* Glencora de Trollope («Nada había que deseara tanto como ver Folkestone»).

El viento del puerto, de color gris plomizo y salpicado por la llovizna, me dio en los ojos. Yo tenía los párpados hinchados a causa del resfriado que había pillado cuando el primer frío de septiembre se abatió sobre Londres y despertó en mí unas visiones de palmeras y del sonrosado calor de Ceilán. Aquel resfriado hizo que me resultara más fácil dejarlo todo. Aquel viaje era una cura.

—¿Ha probado usted con aspirina?

—No, creo que me iré a la India.

Llevé mis bultos al transbordador y me dirigí al bar. Allí había dos hombres de avanzada edad, que estaban de pie. Uno de ellos daba golpecitos con un florín en el mostrador, tratando de llamar la atención del camarero.

—Reggie se ha vuelto muy raquítico —dijo el primero de los dos hombres.

—¿Tú crees? —preguntó el segundo.

—Me temo que sí. Se ha encogido. Su ropa no le cae bien.

—Nunca ha sido hombre de gran estatura.

—Ya lo sé. Pero ¿lo has visto?

—No. Godfrey dijo que había estado enfermo.

—Yo diría que muy enfermo.

—Se está haciendo viejo, pobrecillo.

—Y muy raquítrico.

Duffill se acercó. Podría haber sido la persona de quien estaban hablando. Pero no lo era, pues los hombres de avanzada edad ni siquiera se fijaron en él. Duffill tenía el aspecto inquieto de quien ha dejado sus paquetes en otra parte, que es también el aspecto de un hombre que piensa que le están siguiendo. Su traje de una o dos tallas de más le daba un aspecto frágil y enclenque. Una gabardina gris ratón le caía a pliegues de sus hombros, los puños eran tan largos que le llegaban hasta la punta de los dedos y hacían juego con la largura de los pantalones, cuyos bordillos se pisaba. Olía a mendrugos. Todavía llevaba puesta la gorra y también estaba aquejado de un resfriado. Sus zapatos eran interesantes: el calzado resistente para todos los usos que lleva la gente del campo. Aunque no pude localizar su acento (Duffill le estaba pidiendo sidra al camarero), había en él algo provinciano, un persistente talante ahorrador en sus bien aprovechadas prendas de vestir que se consideraría desaliño en un londinense. Él sabría decir dónde había comprado aquella gorra y aquella chaqueta y cuánto le habían costado y el tiempo que hacía que llevaba aquellos zapatos. Unos minutos más tarde pasé junto a él en un rincón del bar y vi que había abierto uno de sus paquetes. Un cuchillo, una barra de pan francés, un frasco de mostaza y unas rajadas de rosado salchichón estaban esparcidos delante de él. Absorto en sus pensamientos, masticaba despacio su bocadillo.

La estación de Calais estaba oscura, pero el expreso de París aparecía inundado de luz. Me sentí confortado. *Lady Glencora* le dijo a su amiga: «Podemos llegar hasta los kurdos, Alice, sin tener que volver a entrar en un buque. Esto, a mi modo de ver, es la gran comodidad que ofrece el continente».

Bien, entonces, a París y al *Orient Express* y a los kurdos. Subí al tren y, al encontrar opresivamente lleno mi

compartimento, me fui al vagón restaurante para beber algo. Un camarero me indicó que me sentara a una mesa en la que un hombre y una mujer estaban destrozando sus panecillos pero sin llevarse los trozos a la boca. Intenté pedir vino. Los camareros, que iban y venían apresuradamente portando bandejas, no me hacían el menor caso. El tren se puso en movimiento; miré por la ventanilla y, cuando volví a la mesa, vi que me habían servido un trozo de pescado quemado. La pareja que partía el pan me explicó que tenía que haber llamado al camarero que servía el vino. Lo busqué, me sirvieron el segundo plato, entonces lo vi y pedí lo que deseaba.

—Angus decía en el *Times* que hizo investigaciones —dijo el hombre—. Eso no tiene sentido.

—Supongo que Angus tiene que hacer investigaciones —repuso la mujer.

—¿Angus Wilson? —pregunté yo.

El hombre y la mujer me miraron. La mujer sonreía, pero el hombre me lanzó una mirada más bien hostil.

—Graham Greene no tendría necesidad de hacer investigaciones —dijo.

—¿Por qué no? —repliqué.

El hombre suspiró.

—Él ya lo sabría.

—Me gustaría poder estar de acuerdo con usted —afirmé—, pero leí *As if by Magic* y me dije: «He aquí a un gran agrónomo». Después leí *El cónsul honorario* y el doctor de setenta años de edad se parece terriblemente al novelista setentón. No se preocupe, pienso que es una buena novela. Creo que debería usted leerla. ¿Vino?

—No, gracias —dijo la mujer.

—Graham me envió un ejemplar —dijo el hombre—. «Afectuosamente, Graham». Eso es lo que escribió. Lo llevo en la maleta.

—Es un hombre encantador —comentó la mujer—. Siempre es un placer ver a Graham.

Hubo un largo silencio. El vagón restaurante mecía las vinagreras y las botellas de salsa. El postre fue servido con el café. Yo había terminado mi media botella de vino y deseaba otra. Pero los camareros volvían a estar ocupados y pasaban balanceándose por entre las mesas, llevando bandejas y recogiendo platos sucios.

—Me encantan los trenes —dijo la mujer—. ¿Sabía usted que el vagón de delante va a ser enganchado al *Orient Express*?

—Sí —contesté—. Por cierto...

—Es ridículo —dijo el hombre, mirando el pequeño trozo cuadrado de papel escrito con lápiz que le había dado el camarero. Depositó unas monedas en el platillo y se fue con la mujer sin dirigirme la mirada.

Mi comida costaba cuarenta y cinco francos, que calculé que eran unos diez dólares. Me escandalicé, pero más tarde me tomé mi pequeña venganza. Al volver a mi compartimento, me di cuenta de que me había dejado el periódico encima de la mesa del coche restaurante. Volví por él, pero en el momento en que le ponía la mano encima, me dijo el camarero:

—*Qu'est-ce que vous faites?*

—Es mi periódico —dije.

—*C'est votre place, cela?*

—Naturalmente.

—*Eh bien alors, qu'est-ce que vous avez mangé?*

Parecía disfrutar con la sutileza de su examen.

Yo dije:

—Pescado quemado. Una porción diminuta de rosbif. *Courgettes* pasados, patatas frías, pan rancio y por eso me han cobrado cuarenta y cinco francos, repito, cuarenta y cinco...

Dejó que me quedase con el periódico.

En la Gare du Nord, mi vagón fue enganchado a otra locomotora. Duffill y yo contemplamos esa operación desde el andén y luego subimos. Le costó mucho tiempo y esfuer-

zo encaramarse al vagón y luego estuvo un rato jadeando. Todavía permanecía de pie, boqueando, cuando el tren arrancó a fin de realizar el trayecto de veinte minutos a la Gare de Lyon para reunirnos con el resto del *Direct Orient Express*. Eran más de las once y la mayoría de los bloques de apartamentos estaban sumidos en la oscuridad. Pero en una ventana había luz. Tal vez se celebraba una fiesta; era como una pintura de un interior de ciudad, colgada e iluminada en medio de azoteas y balcones envueltos en la penumbra. El tren pasó y dejó aquella ventana impresa en mis ojos: dos hombres y dos mujeres sentados alrededor de una mesa en la que había tres botellas de vino, los restos de una copiosa cena, unas tazas de café y un frutero. Todo lo que se veía, y también los hombres en mangas de camisa, demostraba una amable intimidad, la triste comedia de una reunión de amigos. Jean y Marie habían estado ausentes. Jean sonreía, dispuesto a bromear, con una mueca muy francesa. Movía la mano y decía:

—Ella se subió a la mesa como una loca y empezó a hacerme señas así. ¡Increíble! Yo le dije a Marie: «Los Picards no se lo van a creer nunca». Esta es la verdad. Y luego ella...

El tren hizo su lento circuito por París discurrendo entre los oscuros edificios y lanzando su estridente frsiiiii-fronnnng a los oídos de las mujeres durmientes. La Gare de Lyon estaba animada, con ese encanto de medianoche hecho de luces y de locomotoras humeantes, y al otro lado de los raíles la lona que cubría uno de los trenes lo convertía en una oruga dispuesta a abrirse paso a través de Francia devorando cuanto encontrara en su camino. En el andén, los pasajeros que acababan de llegar bostezaban, rendidos por la fatiga. Los mozos de cuerda se apoyaban en las carretillas y miraban a las personas que luchaban con sus maletas. Nuestro vagón fue enganchado al resto del *Direct Orient Express*. El topetazo abrió las puertas corredizas del compartimento y me echó sobre el regazo de la señora